

creación misma, de ahí que su deseo fuera reflejarse en el deseo de esos genios y asistir a lo que ese deseo podía gestar en medio de un raptó enamorado y omnipotente.

Trato de ver más allá aún. «Desde pequeña traté de hallar el cielo en la tierra», había escrito. Un cielo al que sólo podemos aspirar en nuestros sueños despiertos, pero que la tierra se encarga de salpicar con sus inexorables leyes. Entonces, apenas un cielo humano, un cielo en el que podía perder a una de sus hijas, apenas cumplidos sus cuatro años, que tanta felicidad había llevado al matrimonio con Mahler; luego perder al mismo Mahler; luego a Manón, una hija adolescente, de su matrimonio con Walter Gropius; luego, a los diez meses de haber nacido, un hijo de Werfel; luego a Werfel mismo. Un cielo difícil, claro. «¡Qué temible es este Dios, y si existe, qué despreciable!», escribía a la muerte de Manón. Poco días antes, no obstante, ante la barbarie antisemita exclamaba: «Un día dejará Dios también caer a Hitler. Por ahora lo deja hacer, mientras lo necesita para alcanzar algún designio suyo que nosotros ignoramos». La vieja historia del hombre: un Dios despreciable cuando perdemos un hijo y un Dios inescrutable cuando mueren millones de hombres. Algunos judíos nunca le perdonaron esta ambivalencia. La desgarrante herida en carne propia y la herida universal de un sistema criminal: ¿puede haber dos sistemas de medida para evaluarlos?

Trato de ver en lo profundo de esa mirada. Está ante mí su retrato fijado en 1910. Ella tiene treinta y un años. Está hermosa, con su sombrero negro y su collar oriental, con un perfil sugerido que permite ver el nacimiento de sus pechos, con una cierta sonrisa aposentando sus grandes ojos, en fin, su mirada. Tiene, repito, treinta y un años. Diecinueve años la separaban de Mahler y pese a que en muchos momentos el músico tenía conciencia de esa abismal diferencia —«Por ti vivo, por ti muero, Almschi»— ella sabía en muchos otros hacer desaparecer el abismo y transformarlo, domándolo, en esa juventud eterna que signa a los genios y que en Mahler especialmente tenía el diagrama de su amor. «Gustav, la tierra es inescrutablemente bella», eran sus palabras. Y Mahler componía su Sexta Sinfonía pensando en esas palabras y buscando en su primer movimiento las figuras que dieran testimonio de ella, de ese vínculo hondo con la tierra, con el misterio de la vida, con la alegría desesperada de un abismo que aparece, desaparece, resurge, eternamente, con la inexorabilidad de un grito de amor en una tierra inescrutablemente áspera.

Trato de ver más allá aún. Más allá de sus «devaneos autoritarios y su prepotente snobismo», como la presenta, puerilmente, la solapa editorial catalana. Recuerdo en este momento (busco la página, exactamente la 212) una de sus frases, de ella digo: «Me intereso cada vez menos por las cosas efímeras. Veo con demasiada claridad lo transitorio y confuso que es el devenir de la historia. Lo único que queda es el espíritu creador». O en alguna secuencia posterior: «Ando en busca de cualquier línea que haya escrito mi padre y querría ser dueña de la menor pincelada que él haya pintado». Es difícil casar el snobismo —que en algunas oportunidades existió— con esta manera de ver o desear el arte. Ella fue —como lo escribió Rafael Conte— el envés del arte. Es decir, su tramado esencial, su matriz primitiva y ovulante. Conte justamente rescata una escena de esta biografía que no puedo dejar de reiterar: cuando ella, ya una viuda de todo el mundo, solemne y vieja, seduce a Benjamín Britten en su apartamento neoyorquino para que finalice la Décima Sinfonía de Mahler que, como todos

sabemos, quedó inconclusa. Ella llegó a sentarse en las rodillas de aquel músico notable, homosexual y deprimido, sin regatearle mimos y caricias, y todo ello para lograr que Mahler, que la vida le había arrebatado luego de apenas una década de unión, tuviera —medio siglo después— su Décima concluida. Tal sintomatología de la grandeza fue asequible a pocas mujeres de este siglo. Mahler y Freud (alguna vez juntos en una histórica «sesión psicoanalítica» en el verano de 1910) supieron de estas mujeres, de estas musas inquietantes, llenas de amor al genio, seguras de ser el alimento necesario que esos iluminados necesitaban. En fin, inexorablemente madres. Ojalá pudiera regalarles esa pincelada paterna que con tanto ahinco buscaron, aunque fuera esa mi cuota de «prepotente snobismo».

Trato de mirar más allá, en lo oculto de esos grandes ojos. «Mi vida va acabándose y no he visto más que un pedacito de tierra. En cambio, he devorado a muchas personas». Esta frase podría permitir un farragoso microdelirio psicoanalítico, centrado en el «eterno femenino» y sus fantasías canibalísticas, pero la amarga lucidez de esa frase es suficiente. Sí, ella devoraba, vorazmente, Vida y más vida, genio y más genio, arte y más arte. Ante su menopausia, escribe: «Ya no me preocupará el fantasma del miedo a quedar embarazada. ¿Y qué salgo ganando a cambio? ¿Una sangre más tranquila? ¡Ni hablar! ¿Una contemplación más sabia de la existencia? ¡Ni hablar! ¿Dejan de existir las cosas por las que uno suspira? ¡Ni hablar! Uno sigue suspirando por todo lo que suspiraba antes». Su casamiento a los cincuenta años con Franz Werfel la sorprende con la misma capacidad de pasión y las mismas expectativas de vida que en su primer matrimonio con Mahler, dos décadas antes. Sólo la muerte de Manón —el «ángel» del concierto para violín de Alban Berg— puede con ella y erosiona esta vez definitivamente una parte de su incorruptible vitalidad. Quedan atrás, entonces, aquellas palabras que ella escribiera poco antes de su reencuentro con Kokoshka, ya casada con Werfel: «Qué sabéis, mentecatos de esta Tierra, de la felicidad indecible que me procuro con la imaginación. En parte por la embriaguez erótica, en parte por la embriaguez musical, en parte por la del vino... todo una intensa religiosidad. ¿Qué sabéis, mentecatos de esta Tierra, de mi dicha suprema? Con garras de acero voy haciendo mi nido robado. Cada genio es para mí la paja que me hace falta, un arbotante para hacer mi nido». Pero Manón muere. La vida sigue golpeando, como aquellos golpes de timbal que Mahler había identificado con el Destino. «Siento una nostalgia desesperada de Manón. Era lo que tenía más cerca de mi corazón».

Trato de mirar más allá. En esa mirada que los años van entristeciendo.

No hago ningún sobreesfuerzo de imaginación para comprender el enorme monto de envidia que una mujer así debía despertar entre la nata batida de esa sociedad que Musil había calificado como K.K. (ateniéndose a la primera letra de «*Imperial y Real*»). Una sociedad que gestaba su canto del cisne entre las sonrisas de guante blanco y los mohines y ademanes delicados que postergaban todo compromiso y disimulaban la más escabrosa mezquindad. Este tangencial evangelio prefascista comprendía también —¡ah, las contradicciones!— la más apasionada aspiración a la cultura. Lo escribía Stefan Zweig: «El orgullo patriótico se había convertido en voluntad imperiosa de conquistar la supremacía artística». El arte era el instrumento barométrico que medía la pertenencia social y económica de los austríacos. A falta de triunfos en los campos

de batalla y de ambiciones políticas, eran la buena mesa, la literatura, los fuegos artificiales de la discusión intelectual, el imperial besamanos, la música (siempre la música), los protagonistas auténticos de una sociedad entregada al placer y a los sentimientos estéticos y que de hecho bailoteaba sobre una delgadísima neblina que ocultaba un volcán al borde de la erupción. «Esto no me concierne: Europa morirá de usar esta máxima», ya lo decía lúcidamente Gustav Mahler. Así sería pocos años más tarde. Mientras tanto ella reunía en su casa a lo más destacado de dicha cultura. Gracias a ella Mahler conocería a Arnold Schönberg, a Gerhart Hauptmann, a Zemlinsky, a Alban Berg, al mismo Richard Strauss. A Gustav Klimt, claro. La puerta de la literatura, de las artes plásticas, de las humanidades, se abrían ante la militante pasión de esa mujer excepcional. Y no parece nada casual que su piel, su deseado cuerpo, fuera muchas veces el lugar de cita de esos representantes del espíritu. Como un imán gigantesco, con un estremecimiento centrípeto que nacía de su belleza y su autoestima, todo caía a su alrededor. Anna Mahler lo diría años más tarde: «Mi madre es una leyenda. Y las leyendas son difíciles de destruir». Esa leyenda vivió 85 años segura de serlo. Hasta último momento estuvo en la cresta de la ola, como una sirena incanjeable, del brazo de la historia de la cultura. «Digo para mis adentros: siento amor, siento amor, pero ¿por quién y hacia qué? No, no se trata de ningún hombre, ni de ningún dios. Se trata de una imagen de futuro, ante la cual se me abre el corazón y ante la cual me inclino». Trato de mirar más allá aún. En lo oculto de esos ojos que no pierden fascinación. Y leo, página 252, esta carta que tanto ilumina lo secreto de esa mirada: «Has llegado por fin a los cincuenta años, sin mí. Y yo siento como si hubiésemos vivido juntos este tiempo aunque espacialmente separados. Sé mucho de ti y tú de mí, y sabes también que mi vida ha recibido un golpe mortal con la pérdida irreparable de mi hija Manón. Apenas llegaste a conocer a esa criatura maravillosa: en su enfermedad creció espiritualmente mucho más allá de todos nosotros. Se había convertido de veras en el ángel que mencionó Alban Berg al dedicarle su última obra. No he vuelto a conocer la alegría desde entonces, y aunque yo aparente todavía estar siempre muy esperanzada o ilusionada con el futuro, esas apariencias engañan. Con esto quedas informado sobre mí: ahora te pido que me des alguna razón de tu vida. Ha sido para mí una gran dicha ver reunidos todos tus cuadros. Sigues rondando tus fronteras: eres siempre el mismo y siempre diferente. Me desperté al romper la mañana y un arco iris que abrazaba toda la tierra iba desde aquí, por encima del Rax, hasta un lejano valle. Sentí, entonces, que tú me habías perdonado. Te pido que rompas hoy con todas las impresiones malas que tengas de mí y que me tiendas la mano. No quiero de ti sino que volvamos a ser conscientes de que constituimos una unidad, que en lo más íntimo nunca hemos dejado de serlo». La carta está dirigida, claro, a Oskar Kokoshka. El hombre de su vida entre los hombres de su vida, es decir, el amante definitivo. En el recuerdo de su piel Kokoshka viviría hasta el fin de sus días. Una unidad que se había sellado allí, en lo profundo de esa mirada que indago minuto a minuto. «Oskar era un diluvio», escribiría ella. Kokoshka respondería desde Hamburgo: «Lo que más me fascina de ella son las líneas que van desde su ombligo a su intelecto y aquellas que van desde su intelecto hacia abajo, hacia el Paraíso». Ella volvería a responder: «Nunca me cansé de su frenesí. Ningún fuego, aparte del Sol,